

# Prólogo

## El aterrizaje

El *Don Quijote* se aproximó a Marte en absoluto silencio.

El hábitat descansaba en un extremo de la nave espacial, un cilindro achaparrado y redondo instalado sobre un protector térmico. Estaba separado del motor del cohete principal y de los tanques de combustible, ahora vacíos, por dos kilómetros de cuerda tensada, un cable de superfibra tan fino que prácticamente era invisible. La nave espacial y los tanques de combustible giraban lentamente alrededor del cable de superfibra.

—Separación del brazo del cable.

—¿Navegación?

—Navegación conectada.

—¿Sistemas?

—Sistemas conectados.

Marte crecía en el cielo, una media luna moteada de cráteres y etéreos fragmentos de nube.

—Comprueba el precalentador del motor de descenso terminal.

—Precalentamiento MDT activado.

—Comprueba los precalentadores para el despliegue de paracaídas.

—Precalentadores DP activados.

—Cuando te dé la señal, activa el control pirotécnico para separar el cable de sujeción. Tres, dos, uno, ahora.

La nave espacial se sacudió y el cable se alejó retorciéndose y serpenteando como una culebra furiosa. Los motores, los paneles solares y los tanques de combustible retrocedieron lentamente. No caerían sobre Marte, sino que navegarían hacia el espacio interplanetario en una trayectoria infinita.

—Separación del cable confirmada.

—¿La trayectoria es correcta?

—Según lo calculado.

—Comprueba los instrumentos.

—Luz verde.

—¿Navegación?

—Luz verde. Nos estamos acercando a nuestro objetivo.

—Abrochaos los cinturones. Vamos a entrar.

La nave espacial ardió al cruzar la atmósfera marciana, dejando una estela de fuego en el cielo rosado.

Se abrió un paracaídas, y luego otro, y un tercero, brillantes flores amarillas abriéndose en un cielo inanimado. Momentos antes de tocar el suelo, el protector térmico se desprendió de la parte posterior del vehículo y el cojín de aterrizaje se desplegó en la inferior. En el momento del impacto, una nube de polvo naranja onduló en el aire, cubriendo la base de la nave espacial de un polvo de color marrón amarillento. La nave se tambaleó de tal forma que todos creyeron que iba a volcar, pero fue recuperando la verticalidad a medida que el colchón de aire se deshinchaba.

—Motores apagados, tanque de presurización apagado, unidad de potencia auxiliar en posición; todos los sistemas parecen correctos. Hemos aterrizado. Navegación, ¿tienes las coordenadas?

—Estoy trabajando en ello... parece que hemos aterrizado en el lugar exacto. ¿Crees que deberíamos decir algo para los libros de historia?

—No, no creo que nadie quiera dejar constancia de las palabras de la tercera expedición a Marte.

—¿Intentas decirme que no festejarán nuestro regreso con un desfile?

—Lo has entendido. Bienvenidos a Marte.

# Primera Parte

## John Radkowski

El hecho de tener una aventura demuestra que una persona es incompetente, que algo ha salido mal. Una aventura es bastante interesante, en retrospectiva... sobre todo para la persona que no la tuvo.

—Vilhjalmur Stefansson, *My Life with the Eskimo*

No existe ninguna forma fácil de entrar en otro mundo.

—James Salter, *Solo Faces*

# 1

## Bienvenidos a Marte

Por el puerto de visión sólo se veía una niebla de color amarillo rosado que se fue disipando lentamente para mostrar las llanuras estriadas del Felis Dorsa. Al principio eran borrosas y carentes de color, pero a medida que se posaba el polvo que había levantado la nave durante el aterrizaje pudo verlas con mayor claridad.

John Radkowski contempló el paisaje, las extensiones de arena que ondulaban suavemente bajo un pálido cielo de caramelo.

Marte.

Le resultaba difícil contener su alegría. ¡Estaba en Marte!

Deseaba llorar, reír y gritar de júbilo, todo a la vez, pero reprimió sus impulsos. Como comandante de la misión, tenía el deber de mantener la serenidad entre los miembros de la expedición. Las largas décadas que llevaba trabajando en el cuerpo espacial le habían enseñado que el hecho de mostrar sus emociones, incluso en un acontecimiento tan importante como aterrizar en Marte, haría que la gente le considerara una persona sensible y, por lo tanto, de poca confianza. Permaneció en silencio.

A sus cincuenta años, John Radkowski era el miembro de mayor edad de la tripulación y el que contaba con una mayor experiencia en el espacio. Era un hombre de pequeña estatura, más nervudo que musculoso, con el cabello gris rapado. Sus ojos tenían el lento y agitado movimiento de largos años de formación: estaba concentrado en su trabajo, pero sus ojos recorrían constantemente la cabina, mirando arriba y abajo, comprobando que no hubiera nada fuera de su sitio que pudiera comportar algún problema a la misión. Le faltaban tres dedos de la mano izquierda, pero su tripulación sabía que no debía ofrecerle ayuda.

¡Marte! ¡Después de tantas décadas de duro trabajo lo había conseguido!

Tenía muchas cosas que hacer. Como comandante, los otros cinco miembros de la tripulación dependían de él para completar con éxito la misión y regresar a casa sanos y salvos. Tenía que ponerse manos a la obra.

La tripulación estaba completando las maniobras de aterrizaje, desconectando los sistemas de vuelo, activando los sistemas de operaciones de superficie y verificando que todo se desarrollaba según lo especificado. Sabía que deseaban apiñarse en el puerto de visión para contemplar el planeta, pero de momento todos estaban demasiado ocupados, incluso Trevor, así que podía disfrutar a sus anchas del paisaje.

Al sudeste, lo bastante cerca como para que pudiera distinguirse entre la neblina rosada, se alzaba la forma achaparrada del *Dulcinea*.

Los prismáticos, un rectángulo plano del tamaño de un libro en rústica, habían sido diseñados para que pudieran ser utilizados con o sin el casco del traje espacial. Cuando los acercó a sus ojos, el ordenador ajustó el foco hasta igualar su alcance visual y el resultado fue como mirar por una ventana una imagen ampliada del paisaje.

Tal y como había anunciado Chamlong, habían aterrizado en el punto exacto. El *Dulcinea* se encontraba a medio kilómetro de distancia. Para ellos, esto era de vital importancia: El *Dulcinea* era su billete de vuelta a casa, un vehículo de retorno con los tanques llenos de combustible que había aterrizado en Marte hacía seis años y medio. Lo observó con atención antes de examinar el terreno que separaba el *Quijote* del vehículo de retorno. Era arena que el viento intermitente había ido esculpiendo en lomas y ondulaciones durante un millón de años. Rocas de diferentes formas y tamaños se diseminaban de forma aleatoria; algunas eran enormes y otras estaban medio enterradas en la arena, pero no suponían ningún obstáculo para desplazarse. Perfecto.

Dio la espalda al puerto de visión y se volvió hacia el panel de control del copiloto. El módulo de aterrizaje debía de haber aterrizado en una pendiente, pues el suelo estaba inclinado en un ángulo extraño. Tuvo que avanzar con cautela para no caerse. Estudió la secuencia de imágenes tomadas durante el aterrizaje por los satélites y los radares, y las preparó de modo que mostraran un mapa topográfico del terreno. Tampoco había ningún obstáculo. Perfecto.

Cuando se levantó vio que Trevor, Estrela y Chamlong estaban junto al puerto de visión, apartándose los unos a los otros para poder contemplar el paisaje marciano. Sonrió. Debían de haberse levantado en el mismo instante en que había abandonado su posición.

—¿Por qué mirar por la ventana cuando podemos estar ahí? —preguntó—. Preparad los trajes, compañeros; ha llegado el momento de salir a jugar. Pongámonos en marcha. Tenemos que regresar a casa en seis semanas y la agenda es muy apretada.

Como el módulo de aterrizaje descansaba en una pendiente pronunciada, la escalerilla se desplegó en un ángulo absurdo. Descender por ella no era difícil, pero hacerlo con cierta gracia suponía un verdadero reto. *Al diablo*, pensó Radkowski. Dio un salto y aterrizó en equilibrio precario entre una nube de polvo.

Como comandante de la misión, debía pronunciar las palabras que inmortalizarían las cámaras que les estaban observando. Había memorizado unas líneas, unas palabras improvisadas que serían recordadas por la posteridad y

que habían sido escritas en su nombre por un equipo de expertos en relaciones públicas: *Doy este paso en nombre de la humanidad. Por el bien de todos los pueblos de la Tierra, hemos regresado a Marte con espíritu de compromiso científico y con el valor eterno de la aventura humana, trayendo con nosotros la voz de la paz entre todos los hombres.*

Tras incorporarse sobre la arena roja de Marte mientras Ryan Martin le filmaba con una cámara de alta definición desde la ventana del módulo de aterrizaje, John Radkowski pronunció las palabras que inmortalizarían la tercera expedición a Marte:

—¡Joder! ¡No puedo creer que realmente esté aquí!

La arena, dura y crujiente, restallaba bajo sus pies como si caminara sobre una delgada capa de hielo, la superficie que había debajo de esta primera capa tenía la consistencia de la harina compactada. A cada paso que daba se levantaban ondulantes humaradas de polvo oxidado que, en menos de un minuto, tiñeron de ocre sus botas y la mitad inferior de su traje. Se sentía muy ligero. Durante los siete meses de viaje en el *Quijote* habían mantenido la mitad de la gravedad terrestre gracias a la correa de sujeción. La gravedad de Marte era algo más ligera y, aunque había entrenado durante dieciocho meses en las cámaras de simulación de la Tierra, tenía la impresión de que unas boyas invisibles le mantenían a flote.

Tal y como había imaginado, la nave había aterrizado en una ladera y estaba en equilibrio precario. Por suerte, no estaba previsto que el *Quijote* regresara a la Tierra: en veinticuatro horas, la tripulación abandonaría la nave y se instalaría en el hábitat hinchable que había aterrizado junto al *Dulcinea*.

Su colega brasileña Estrela Conselheiro bajó de un salto las escaleras, rebotó en el suelo y saltó en el aire extendiendo los brazos sobre su cabeza como si estuviera adorando al sol.

—Es maravilloso, ¿verdad? ¡Maravilloso!

*Unas palabras mucho mejores que las mías,* reconoció Radkowski de mala gana.

Tana Jackson fue la siguiente en descender.

—¡Caray! —exclamó—. Es un paso extraordinario. —Miró a su alrededor, conteniendo el aliento—. ¡Dios mío, es maravilloso!

Chamlong Limpigomolchai fue el último en descender. Lo hizo de un salto, sin hacer ningún comentario. Una vez en la superficie, giró lentamente sobre sus talones y contempló todo lo que le rodeaba en absoluto silencio. Los otros dos miembros de la tripulación, Ryan Martin y Trevor Whitman permanecieron en el módulo; sólo descenderían a la superficie cuando Estrela, Tana y Chamlong regresaran a la nave.

Esto era lo que había deseado durante toda su vida, aquello por lo que había luchado, trabajado y vivido. El terreno estriado y endurecido; los montículos distantes y apenas visibles entre la neblina canela del horizonte; el *Dulcinea*, su billete de vuelta a casa, esperándoles a menos de quince minutos de paseo... había visto todo esto cientos de veces en sus sueños.

¿Por qué de repente se sentía deprimido?

John Radkowski carecía de herramientas para analizar su estado de ánimo. En el cuerpo de astronautas nunca se había fomentado el autoanálisis. Según los rumores, el propósito principal de sus muchos consejeros y psicólogos era eliminar a los débiles del organigrama de la empresa. El lema de todas aquellas personas con las que Radkowski había trabajado durante todos estos años había sido el siguiente: céntrate en la tarea, realiza tu trabajo y no te quejes. Ahora, su futuro se le antojaba un anticlímax tedioso, incluso las seis semanas que permanecerían en Marte y el vuelo de regreso a la Tierra, que incluía una visita al planeta Venus para conseguir un impulso gravitatorio. Llevaba tanto tiempo ambicionando llegar a Marte que no se había impuesto ningún otro objetivo personal. La vida, tal y como él la conocía, había terminado y no tenía ni la más ligera sospecha de qué haría a continuación. *El alcance de un hombre debería superar sus logros, pensó. Yo he hecho realidad mi sueño. ¿Qué voy a hacer ahora?*

## 2

# Trevor

El joven Trevor Whitman estaba de pie junto al puerto de visión, observando con impaciencia la superficie de Marte. Con la mitad de su atención barría el paisaje en busca de señales de... la verdad es que no tenía ni idea: un artefacto alienígena, las huellas de un dinosaurio o, quizá, restos de helecho fosilizado en una roca olvidada. Ninguno de los tripulantes del *Quijote* esperaba encontrar este tipo de cosas en Marte, pero si nadie las buscaba, puede que pasaran por encima de ellas sin verlas.

La mayor parte de su atención no buscaba nada en particular, sino que se limitaba a disfrutar del paisaje marciano. Después de siete meses apretujado en la diminuta cabina de la nave, era un alivio poder dirigir la mirada hacia un punto distante. Oía en un segundo plano las comunicaciones por radio de los astronautas que se encontraban en la superficie. *El material de la superficie es más consistente de lo que esperábamos*, dijo una voz que parecía la del capitán Radkowski. *Debe de haber cierta concentración de sal cimentando las partículas. Está tapando mis huellas, pero de momento no hay problemas de tracción.* Sin duda alguna era Radkowski; a nadie más le preocuparía tanto un detalle tan puntilloso como ése. Decidió desconectar la radio. El responsable de las comunicaciones era Ryan Martin; en el caso improbable de que ocurriera algo, él lo solucionaría.

¡Marte! ¡Por fin estaba en Marte! Observó a Estrela, que brincaba y hacía piruetas con la gracia de una bailarina, y sintió que le carcomía la envidia. Ansiaba salir a la superficie y le parecía injusto tener que esperar a que llegara su turno.

A sus dieciocho años, Trevor todavía tenía que aprender a ser paciente.

Pero no era justo.

Después de lo que le pareció una hora, Chamlong Limpigomolchai entró en la escotilla y Trevor esperó con impaciencia a que las bombas completaran

el ciclo con su laborioso traqueteo. Por fin se abrió la esclusa y apareció el rostro de Chamlong, protegido por un casco. Un polvillo de color ocre ensuciaba su traje. Trevor sintió un cosquilleo en la nariz, similar al que provocan las burbujas de cava.

Cuando Chamlong se quitó el casco, sus labios esbozaban una sonrisa del tamaño de Texas. Había traído consigo media docena de rocas.

—Suponía que estarías impaciente por salir —le dijo—, así que he regresado.

—Gracias, Cham —respondió Trevor—. Te lo agradezco de veras. ¿Qué tal ha ido?

Durante todo el trayecto había considerado que el astronauta tailandés era su mejor amigo, sobre todo por la cordialidad con la que le trataba. Los demás adultos se limitaban a ignorarle o a darle órdenes.

—No imaginas lo genial que es poder salir y estirar las piernas —respondió Chamlong—. De verás te lo digo: sal ahí fuera y compruébalo por ti mismo.

—De acuerdo —respondió Trevor—. ¿Me ayudas a comprobar el traje, por favor?

El capitán Radkowski les había inculcado la necesidad de comprobar el traje cada vez que tuvieran que salir a la superficie durante la misión. *Nunca abandones la nave espacial hasta que alguien haya efectuado una comprobación de tu traje. Nunca.* Trevor consideraba que era una medida de cautela exagerada, que nadie iba a pasar por alto ningún detalle vital, pues eso no sólo sería una estupidez, sino también un suicidio. Cuando le había dicho lo que pensaba, Radkowski le había mirado como si fuera un niño pequeño y había empezado a contar una de sus confusas historias sobre astronautas, esta vez sobre un colega que no había realizado las comprobaciones pertinentes y había cruzado la escotilla sin darse cuenta de que una válvula de escape había quedado abierta tras una inspección; aquel tipo no había muerto de milagro. A Trevor le gustaban las historias sobre astronautas que contaba Radkowski (y había hecho una nota mental para no abrir nunca una válvula de escape), pero le resultaban irritantes cuando lo único que intentaba transmitirle con ellas era una moralina insulsa del tipo “ten siempre cuidado”. Mientras Chamlong comprobaba su traje, sólo era capaz de pensar: Marte, por fin voy a salir. Marte, por fin voy a salir. Marte, por fin...

En cuanto llegó a la escalerilla vaciló y contempló la superficie marciana. La había visto miles de veces en las simulaciones de realidad virtual, pero esto era diferente. La luz del sol era más brillante de lo que esperaba. Al estar a mayor distancia del sol que la Tierra había imaginado que la superficie marciana sería oscura, pero su luz era tan brillante como la de cualquier mediodía terrestre. Bajó la visera de su casco para tener un poco de sombra.

Tenía que hacer algo. Descendió de un salto los dos metros que le separaban del suelo y estuvo a punto de caer cuando aterrizó. Intentó hacer el pino. El traje dificultaba un poco sus movimientos, pero al segundo intento lo consiguió. Cuando llevaba treinta segundos cabeza abajo empezó a balancearse, se ladeó y rodó, envuelto en una nube de polvo.

Cuando se levantó, advirtió que todos le estaban mirando, a pesar de que no había hecho nada que fuera realmente peligroso: el carburo de silicona transparente de los cascos era irrompible.

—Joder, chaval —dijo una voz por radio—. Si te tuerces un tobillo no cargaremos contigo para que puedas hacer turismo.

Era la voz de Tana, pero como no parecía enfadada decidió hacer caso omiso de aquel comentario. Los demás volvieron a centrarse en sus tareas: analizar el terreno, desportillar las rocas con martillos, excavar pequeños fosos. Aburrido.

—¡Marte, te quiero! —gritó. Corrió hasta lo alto de la duna más cercana y descendió por la ladera sobre su trasero.

Marte era genial.

## 3

# El homenaje

Tana Jackson deseaba correr, saltar y brincar. La adrenalina cantaba en su sangre: *estoy aquí, estoy aquí.*

El paisaje marciano era extraño, con sus horizontes demasiado cercanos, sus montañas demasiado pequeñas y un cielo que parecía pintura sucia. Si echara a correr, sólo tardaría unos minutos en llegar al horizonte.

Se sentó en el suelo e intentó coger un puñado de arena. Resultaba sorprendentemente difícil. Arañó la capa crujiente que cubría la superficie y acarició un polvo suave, similar al colorete, que formaba terrones que se desmenuzaban entre sus dedos hasta desaparecer.

El comandante Radkowski los observaba con paciencia. Tras decirles que podían tomarse el tiempo que quisieran para estirar las piernas y adaptarse al terreno, había regresado al módulo de aterrizaje. Allí había recogido un pequeño baúl con el que había salido de nuevo al exterior y había ordenado a los tripulantes que se reunieran alrededor de un peñasco. La roca elegida les llegaba casi al pecho, era de color oscuro y el viento la había tallado hasta darle una forma prácticamente cúbica.

—Ryan, ¿recibes esto?

—Estoy grabando, capitán. Adelante—dijo la voz de Ryan desde el interior del módulo de aterrizaje.

Radkowski abrió el baúl y extrajo una placa, un pequeño rectángulo de aluminio negro anodizado con siete nombres escritos en oro. Se volvió hacia Estrela Conselheiro.

La mujer se acercó al cofre y cogió una segunda placa, idéntica en tamaño y color a la primera, pero en la que sólo aparecían dos nombres.

Juntos, se inclinaron y dejaron las placas sobre la roca. Esta vez recitó las palabras correctas sin vacilar.

—En homenaje a los exploradores de la primera y segunda expedición a Marte, dejamos estas placas conmemorativas en la superficie de Marte. Mientras la humanidad sueña con explorar, nunca seréis olvidados.

Estrela repitió las palabras en portugués, antes de añadir, en inglés:

—Marte es para los héroes.

El comandante Radkowski retrocedió un paso.

—Un minuto de silencio, por favor.

Tana agachó la cabeza y miró al suelo.

—De acuerdo. Continúad con vuestro trabajo —dijo el capitán Radkowski, en cuanto hubo transcurrido el minuto.

Marte seguía siendo igual de hermoso y sus colores igual de intensos, pero después de aquel homenaje les resultaba un poco más siniestro. Estaban a cien millones de kilómetros de la Tierra; si algo iba mal, nadie podría ayudarles.

Dos expediciones habían pisado Marte antes que ellos... y ninguna de las dos había regresado a la Tierra.

Tana sintió un escalofrío, aunque la calefacción de su traje funcionaba correctamente. Hacía un año que sabía que, si se producía algún fallo durante la misión, nadie podría rescatarles.

Marte era para los héroes... pero de repente no estaba segura de que quisiera serlo.

## 4

# Radkowski

Cuando el comandante Radkowski regresó a la nave, la nube de decepción todavía pendía sobre él.

Ryan Martin y Chamlong Limpigomolchai estaban en la cabina. Como de costumbre, lo primero que hizo al entrar fue comprobar el puerto de visión para saber qué estaba haciendo la tripulación. Tana y Estrela estaban juntas, examinando las rocas; Estrela las desportillaba y Tana acercaba la unidad portátil de cristalografía por rayos X a la superficie recién expuesta para analizar la estructura microcristalina. Le complació verlas cooperar: durante el viaje se habían enseñando las uñas con tanta frecuencia que temía que no pudieran trabajar juntas. Puede que sólo se debiera al confinamiento, porque ahora que tenían un poco de espacio para respirar parecían llevarse bien.

Tana Jackson era bióloga, no geóloga, pero todos habían recibido formación sobre las diversas especialidades de sus compañeros. Radkowski advirtió que habían sacado el espectroscopio de masa por iones secundario de su estuche, aunque todavía no lo habían configurado. Sintetizó la frecuencia general para escuchar su conversación, pero debían de estar utilizando un canal privado. Como comandante, podía escuchar cualquier conversación, pero su larga experiencia le había enseñado que era mejor que la tripulación dispusiera de cierta intimidad a no ser que hubiera alguna emergencia.

Trevor Martin estaba en alguna parte, fuera de su campo visual, probablemente detrás de las dunas. A Radkowski le preocupaba aquel muchacho; en ocasiones se comportaba como si tuviera menos de veintiún años. Sin embargo, el entusiasmo y la alegría de vivir que exudaban de su ser (cuando le pillaban desprevenido y olvidaba mostrarse taciturno y poco comunicativo), resultaban contagiosos y animaban el espíritu del conjunto de la tripulación. Radkowski se había opuesto a la idea de que viajara con ellos una persona tan joven, pero Trevor parecía haberse adaptado bien y era evidente que su

presencia levantaba la moral de sus compañeros. Aunque fingían lo contrario y seguramente lo ignoraban, a todos les caía bien el muchacho y querían lo mejor para él. Mientras no fuera demasiado impaciente, impetuoso, ignorante, exasperante y torpe (es decir, mientras se comportara como un adulto y no como un adolescente), estaría a salvo.

John Radkowski no podía culparle de que se comportara como un niño. Cuando era joven, él mismo había sido mucho peor. Realmente era un milagro que hubiera logrado cambiar de actitud. Estaba seguro de que nadie, ni siquiera su madre, habría imaginado nunca que algún día sería el comandante de la tercera expedición a Marte.

En Queens había buenos barrios, pero en el que se crió John Radkowski no era uno de ellos. El bloque de pisos de protección oficial Harry S. Truman era una incubadora de criminales en potencia, no de jóvenes científicos. Para cuando cumplió los seis años, Johnny ya había aprendido que nunca debía mostrarse débil y que sólo sobrevivías si eras tan mezquino como quienes te rodeaban.

Un día, cuando tenía catorce años, estaba holgazaneando por el apartamento con su banda. No era una banda real con colores e insignias, sino el grupo de chavales del barrio con los que solía andar. Podía decirse que cuidaban los unos de los otros. Su madre había ido a trabajar a algún restaurante de comida rápida. Apestoso y Cara de Pez estaban con él, aburridos. Casi siempre estaban aburridos.

John y su hermano mayor, Karl, compartían habitación. Karl había salido, seguramente con su banda: era miembro de los Skins, una banda de verdad, la banda de los muchachos blancos del barrio. Karl era bastante guay, pero nunca dejaba que Johnny se acercara a sus colegas. Solía decirle que quería algo mejor para él.

Apestoso estaba fumando un cigarrillo que había encontrado en la alacena de su madre y Cara de Pez estaba sentado en la litera de Karl. Su hermano habría montado en cólera si hubiera visto a alguno de los amigos de Johnny en su cama, pero como no estaba ahí para verlo... Cara de Pez estaba dando golpecitos a la pared, desprendiendo pedazos del yeso barato que cubría la pared. Advirtió que un extremo estaba suelto y, aburrido, tiró de él hasta que logró apartarlo lo suficiente para ver la capa de aislante de debajo.

—Mierda, tío —dijo Apestoso—. ¿Qué cojones has guardado ahí?

Cara de Pez no se molestó en levantar la mirada.

—Nada.

—¿Nada? ¡Mierda! —Apestoso tiró el cigarrillo al suelo, se acercó y echó un vistazo al agujero—. ¡Serás hijo de perra! ¿Llamas a esto nada?

Apestoso sostuvo en alto lo que había encontrado: una automática de nueve milímetros de color gris claro, reluciente y maligna bajo la tenue luz del sol que se filtraba por la sucia ventana.

Johnny ignoraba que su hermano tenía un arma.

—Eh, Apestoso, creo que será mejor que la dejes donde estaba —dijo, nervioso.

—¿Qué eres? ¿Una niña? ¿Te da miedo que el capullo de tu hermano la vea?

—Apestoso bajó la pistola, apuntó a la cabeza de Johnny y apretó el gatillo.

—Bang —dijo.

Johnny retrocedió acobardado al ver que el dedo de Apestoso palidecía en el gatillo, pero éste no se movió.

—¡Serás cabrón!

Apestoso soltó una carcajada y soltó el seguro.

—Pensaba que te darías cuenta —dio la vuelta a la pistola, sacó el cargador y lo miró—. Está lleno. Tío, tu hermano tiene un arma.

Su voz denotaba cierta envidia.

—Esto no es divertido —dijo Johnny—. Será mejor que...

Apestoso sostuvo el cargador en una mano, la automática en la otra y apuntó hacia la ventana.

—Bang —dijo, apretando de nuevo el gatillo.

El disparo sonó como un trueno ensordecedor en el diminuto dormitorio. El arma saltó en la mano de Apestoso y todos dieron un respingo.

—¡Joder! ¡Eres un gilipollas!

Había un tremendo agujero en el techo, encima de la ventana. Una nube de yeso y pólvora ondeaba en el aire.

—¿Cómo cojones iba a saber que estaba cargada? —gritó Apestoso—. ¡Había quitado el cargador! —para demostrar sus palabras, volvió a dejarlo en la recámara del arma—. Estaba vacía.

—Ponle el seguro, capullo —dijo Johnny.

La puerta se abrió de par en par, chocando contra la pared. La silueta de Karl se perfilaba en el umbral.

—¿Qué cojones estáis haciendo, capullos?

—¡Mierda! —exclamó Johnny, levantándose—. Eh, Karl, sólo estábamos...

—Cierra el pico —espetó. Estaba mirando a Apestoso—. Imbécil, dame mi pistola.

Apestoso le apuntó con ella.

—Eh, tío, tranquilo. Estábamos...

Karl le arrancó el arma de las manos con un movimiento tan rápido que apenas pudo verlo y cogió a Apestoso por la garganta.

—Si vuelves a apuntarme con un arma, bola de sebo, te arrancaré las pelotas y te las meteré por el culo, ¿entendido? —Sin darle la oportunidad de contestar, lo cogió de la entrepierna, lo levantó en el aire y lo arrojó contra la puerta. Apestoso se tambaleó, rebotó contra el marco y, en cuanto recuperó el equilibrio, se marchó a todo correr.

—Si vuelvo a verte por aquí, lo que quede de ti no bastará ni para llenar un suspensorio —gritó. Entonces, dio media vuelta y miró a Cara de Pez—. ¿Se te ha perdido algo por aquí?

—No, señor —replicó él.

—Entonces vete cagando leches.

—¡Sí, señor! —Cara de Pez se fue tan rápido que Johnny se preguntó si sus pies estaban tocando el suelo.

Karl, sin molestarse en mirar a su hermano, recogió la pistola, puso el seguro y la guardó en su pantalón. Al llegar al umbral se volvió para mirarle.

—Eh, Karl —dijo Johnny, vacilante. Sabía que podía ganarse una paliza, pero quería que su hermano se calmara. El olor a pólvora y el polvo que caía del techo parecían eliminar el oxígeno de la habitación. Sus oídos seguían pitando—. No pretendíamos hacer nada malo.

—Ya lo sé, tío —suspiró Karl—. ¿Qué vamos a hacer contigo? Dime, ¿qué vamos a hacer contigo?

—Fue un accidente —protestó Karl—. La encontramos por accidente.

Karl le pegó un bofetón. Johnny lo vio venir e intentó esquivarlo, pero no fue lo bastante rápido.

—¿Por qué te he pegado este guantazo? —preguntó Karl.

A Johnny le pitaban los oídos por el disparo. Intentó ordenar sus palabras.

—Por haber cogido la pistola...

Karl le dio otro guantazo, esta vez sin previo aviso.

—Eres un gilipollas. La pistola no me importa —Al ver que levantaba la mano de nuevo, Johnny se encogió.

—Te lo mereces por tener amigos estúpidos —espetó—. Tus amigos son estúpidos y tú eres estúpido por tener amigos estúpidos. ¿En qué cojones estabais pensando?

—No lo sé. No estábamos pensando en nada.

—Tú lo has dicho: no estabais pensando. Tienes un cerebro, pero nadie lo diría porque nunca te molestas en utilizarlo —Karl se dejó caer sobre la cama y acercó las manos a la cabeza de Johnny—. Joder, ¿qué diablos vamos a hacer contigo? Tenemos que sacarte de aquí.

Eso sucedió hacía largo tiempo. John casi nunca pensaba en su hermano, sólo cuando se emborrachaba... y casi nunca lo hacía. Cuando empezó el instituto, Karl ya había dejado los estudios y había estado un par de veces en la cárcel.

Ninguno de sus vecinos parecía haberse enterado del disparo y, si lo habían hecho, habían preferido ocuparse de sus asuntos. Aunque el agujero que Apestoso había dejado en el techo le parecía enorme, las autoridades nunca lo vieron, a pesar de que cada año les hacían una visita para inspeccionar el apartamento.

Sí, pensó John Radkowski, Trevor a veces podía ser un incordio, pero era un buen chico. No causaba ni la mitad de problemas que había causado él.

Ahora que Chamlong y él estaban de vuelta en la cabina, Ryan Martin podía salir a la superficie. Ryan estaba absorto en el ordenador. Radkowski se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Eh, ¿cómo va eso? —le preguntó—. ¿Preparado para dar una vuelta por la superficie?

—He comprobado los sistemas del *Dulcinea* —respondió Ryan.

—¿Y bien? —preguntó Radkowski—. Los hemos comprobado una docena de veces durante el trayecto. No creo que haya cambiado nada en las últimas cuatro horas.

—Debes recordar que ahora estamos en la superficie y disponemos de una conexión de mayor ancho de banda —replicó Ryan—. Ahora puedo controlar los sensores en tiempo real y recibir algo más que la señal de control vital.

—¿Y?

—Las lecturas son extrañas —Ryan sacudió la cabeza—. Echa un vistazo a esto. Aquí. Estoy comprobando la temperatura del combustible. Los depósitos deberían mantenerse a unos 90° K, pero ambos están a más de 200° K. La presión de los tanques es la correcta, los dos están llenos... no comprendo a qué se deben estas lecturas térmicas.

Radkowski observó el monitor.

—Supongo que el termostato estará estropeado.

—¿Los dos sensores de los dos depósitos? Es prácticamente imposible.

—¡Mierda! —dijo Radkowski—. Según el programa, se supone que no debemos inspeccionar la nave hasta la mañana. ¿Por qué no sales a dar una vuelta? Si crees que debemos realizar hoy las comprobaciones lo haremos, pero antes quiero que lo pienses un poco. Todos estamos cansados —el comandante le dio una palmadita en la espalda—. Lo único que sé con certeza es que necesitas un descanso. Vamos. Te lo mereces.

—Usted lo ha dicho, capitán —dijo Ryan, levantándose—. Me voy de aquí.